

Menos Estado, más rentabilidad para el capital, menos derechos para todas y todos

La reforma tributaria como desmantelamiento

por Gonzalo Durán* y Andrea Sato**

El gobierno ha presentado el llamado "Plan de Reconstrucción Nacional", cuyo objetivo declarado es dinamizar la economía para que "vuelva a crecer". En una cadena nacional, el Presidente de la República, José Antonio Kast, delineó sus ejes: incentivos a la inversión privada, desregulación en sectores estratégicos y una batería de medidas tributarias orientadas a "mejorar la competitividad del país". El plato de fondo del anuncio: reducción de cargas impositivas a las grandes empresas, facilidades para la repatriación de capitales y señales explícitas a los capitalistas internacionales de que Chile será un "mejor lugar para invertir".

Una de las medidas más controversiales es la rebaja del impuesto corporativo a las grandes empresas, de un 27% a un 23% (mientras las Pymes tributan hoy en torno al 12,5%). El argumento es conocido: Chile tendría una tasa excesiva, entre las más altas de la OCDE, lo que desincentivaría la inversión. La apuesta del Gobierno es atraer capitales ofreciendo mejores condiciones para la acumulación. El relato no es nuevo: es la vieja teoría del "derrame", popularizada por Simón Kuznets en los años 50, adoptada con entusiasmo en Chile en los 80 bajo dictadura y consolidada en los 90 en democracia. La promesa es simple: si se favorece a quienes invierten, el crecimiento económico terminará beneficiando a toda la sociedad.

Riqueza y pobreza

El problema es que esa promesa hace rato dejó de ser creíble. El caso chileno es elocuente: tras décadas de crecimiento, más de 3,5 millones de personas viven en situación de pobreza por ingresos (17,3%), incluso después de transferencias estatales. Peor aún, datos recientes del propio Ministerio de Hacienda (marzo de 2026) muestran que el 1% más rico concentra más del 50% de la riqueza total del país, una de las concentraciones más extremas del mundo. El "chorro" nunca llegó. Tampoco al mundo del trabajo: según la CASEN, el 56% de las y los trabajadores gana menos de \$600.000 líquidos al mes.

Pero hay una dimensión más profunda y menos discutida - detrás de estas políticas. Desde una perspectiva materialista, lo que está en juego no es solo el crecimiento, sino la rentabilidad del capital. Como anticipó Marx, el capitalismo es un sistema atravesado por



Matias Santa Maria Cea, *Manantial* (Acrílico sobre tela), 2025
 (Insta: @matiasantamariacea)

crisis recurrentes. Una de sus tendencias estructurales es la caída de la tasa de ganancia, es decir, la disminución de la rentabilidad del capital en el tiempo.

La tasa de ganancia

¿Por qué ocurre esto incluso en contextos de alta desigualdad y bajos salarios? Porque la propia dinámica del sistema empuja a que la acumulación de capital (máquinas, tecnología, infraestructura) crezca más rápido que el trabajo humano, que es la fuente del valor. En términos simples: aumenta más el capital que no crea valor que aquel que sí lo hace. El resultado es una presión estructural a la baja sobre la rentabilidad. Las crisis cíclicas del capital se han acentuado y acelerado durante la última década. Esto se evidencia a nivel mundial y Chile - sensible a cualquier movimiento del capital global - también se ha visto afectado en los niveles de rentabilidad del propio capital.

Frente a esto, la clase propietaria no se queda inmóvil. Históricamente ha desplegado lo que Marx llamó "fuerzas contrarrestantes": mecanismos para recomponer la tasa de ganancia. En Chile, estas tomaron forma en la mercantilización de derechos sociales (pensiones, educación, salud, vivienda), la privatización de empresas públicas, apertura de los mercados vía tratados de libre comercio y el debilitamiento del poder sindical mediante el Plan Laboral. Estas medidas permitieron recuperar la rentabilidad en su momento. Pero el problema es que la tendencia vuelve a im-

ponerse. Desde la crisis de 2008, llevamos más de una década en un escenario de rentabilidad tensionada a nivel global.

Es cierto: hay grandes fortunas que han crecido de manera explosiva - como el grupo Luksic-Fontbona, cuya riqueza aumentó más de 1.000% entre 1996 y 2026-. Esto también se da en las grandes fortunas a nivel mundial, por ejemplo Elon Musk ha cuadruplicado su fortuna en sólo 4 años, su patrimonio neto superó los 600 mil millones a finales de 2025 versus los 190 mil millones que tenía en el año 2021. Pero eso no contradice la tendencia general: son expresiones concentradas de un sistema que, en su conjunto, enfrenta límites estructurales. Es ingenuo pensar en un crecimiento sempiterno dentro de un sistema que presenta grietas por los límites económicos, biofísicos y humanos que está alcanzando.

Aumentar ganancias

En este contexto, el gobierno de Kast no está improvisando. Su programa responde a una lógica clara: reactivar la acumulación de capital. El llamado "Plan de Reconstrucción Nacional" es, en rigor, un plan de revalorización del capital. El paquete de medidas tributarias cumple exactamente ese rol: no busca redistribuir, sino aumentar directamente los márgenes de ganancia. En un escenario de desaceleración a nivel global, blindar a los grandes grupos económicos tanto local como internacionalmente es una decisión política en línea con los intereses de la clase dirigente.

En paralelo, el gobierno avanza en un plan explícito para reducir el tamaño del Estado. La consigna es clara: "adelgazar" el fisco en US\$6.000 millones. No se trata de un ajuste menor, sino de una redefinición del rol público. Lo que está sobre la mesa es, en los hechos, un cóctel especialmente atractivo para el capital. El Estado, aún en su condición de subsidiador del capital, es un organismo central para el ejercicio de la distribución de la riqueza y la protección de la población más vulnerable. La desmantelación del Estado se vincula directamente con el interés de allanar el camino a la sobreacumulación, pero además mantener a la población en una franca desprotección.

Cuando el gasto público se contrae, no desaparecen las necesidades sociales: cambian de manos. Allí donde el Estado retrocede, el mercado avanza. Lo que antes era provisto colectivamente se abre como un nuevo espacio de negocio; lo público se privatiza, y los derechos (los pocos que van quedando) se transforman en mercancías transables. Más que un simple recorte fiscal, estamos frente a una transferencia silenciosa: del ámbito de lo común al terreno de la rentabilidad privada. Se trata, además, de una fuerza contrarrestante en el sentido marxista: un mecanismo que empuja -o intenta empujar- la tasa de ganancia del capital al alza, ampliando nuevos espacios de valorización allí donde antes no existían.

El gobierno actual presenta, por lo tanto, una hoja de ruta clara: profundizar los beneficios de la elite económica en desmedro de toda la sociedad. Considerar que los programas o derechos sociales son "gastos" explica muy bien la idea tras los discursos que ha instalado el gobierno. Cualquier manifestación de seguridad social a la ciudadanía debe restringirse y fomentar la expansión de lo privado. Reforzando así una idea ampliamente rebatida que es que cuando a los ricos y poderosos les va bien, a todo el mundo le va bien. La acumulación descansa sobre un modelo desigual, pero también sobre una subjetividad que hoy está instalada en Chile que es la de la meritocracia y el profundo egoísmo. Esta subjetividad también habilita que se desmantele el Estado, se dé beneficios a los más ricos y que la ciudadanía quede impávida.

Lo que se presenta como una política pro-crecimiento es, en realidad, una política de clase. Y como toda política de este tipo, tiene ganadores y perdedores. La pregunta de fondo no es si creceremos más o menos, sino quién se apropia de ese crecimiento y bajo qué condiciones. ¿Dónde van los recursos? ¿Quién crece cuando Chile crece? Porque si la historia reciente sirve de guía, lo que se anuncia como reconstrucción podría terminar siendo, una vez más, una profundización de las desigualdades que dice querer resolver. ■

*Académico U.Chile e investigador de Fundación SOL

**Doctoranda en Sociología por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México e Investigadora de Fundación SOL